

¿De qué sociedad de la información estamos hablando?

La tercera revolución de la historia se define por el uso de la información y la tecnología. Este artículo de Jesús Martín-Barbero analiza los desafíos estratégicos de la sociedad de la información y la economía del conocimiento. El autor discute cómo la información y la tecnología están cambiando la forma en que vivimos y trabajamos, y cómo esto afecta a la cultura y la política. Se menciona el concepto de 'cultura de la imagen' y se discute el papel de los medios de comunicación en la sociedad de la información.

Este artículo es parte de un libro que explora los desafíos de la sociedad de la información. El autor discute cómo la información y la tecnología están cambiando la forma en que vivimos y trabajamos, y cómo esto afecta a la cultura y la política. Se menciona el concepto de 'cultura de la imagen' y se discute el papel de los medios de comunicación en la sociedad de la información.

Los editores

Este artículo discute los desafíos de la sociedad de la información. El autor analiza cómo la información y la tecnología están cambiando la forma en que vivimos y trabajamos, y cómo esto afecta a la cultura y la política. Se menciona el concepto de 'cultura de la imagen' y se discute el papel de los medios de comunicación en la sociedad de la información.

Este artículo discute los desafíos de la sociedad de la información. El autor analiza cómo la información y la tecnología están cambiando la forma en que vivimos y trabajamos, y cómo esto afecta a la cultura y la política. Se menciona el concepto de 'cultura de la imagen' y se discute el papel de los medios de comunicación en la sociedad de la información.

- JESÚS MARTÍN-BARBERO
Los desafíos estratégicos de la sociedad de la información
- JUDITH SUTZ
Globalización, sociedad de la información y economía del conocimiento
¿Fin de las asimetrías?
- DIEGO LEVIS
Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información:
modelo para amar
- EDUARDO VIZER
¿Sociedad de la *in*-formación o de la comunicación?
Entre el condicionamiento y la libertad

Los desafíos estratégicos de la sociedad de la información



La Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información (CMSI), de diciembre de 2003, en Ginebra, que convocó tanto a organismos gubernamentales de las diversas regiones del mundo como a organizaciones que coordinan al sector empresarial y a las asociaciones de la sociedad civil, ha revelado las enormes disparidades y conflictos de todo tipo —económicos, políticos, jurídicos, culturales— que entraña y moviliza la llamada *sociedad de la información*. Tan o más estratégica que las cumbres de Río, de El Cairo o de Pekín, ésta ha evidenciado cómo lo que está en juego no

.....
* Doctor en Filosofía de la Universidad de Lovaina y Posdoctorado en Antropología y Semiótica. Investigador de ITESO y del Sistema Nacional de Investigadores de México (SNI) y profesor e investigador del Departamento de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: jemartin@cable.net.co

es algún aspecto vital como el medio ambiente, el nuevo estatuto social de la mujer o de la familia, sino el *modelo mismo de sociedad*, que la globalización económica actual se propone implementar para todo el mundo. De ahí la necesidad del trazado de un mapa mínimo que visualice los desafíos que, tanto para la sociedad mundial como para la local, significa e implica la *sociedad de la información*.

El nuevo lugar de la técnica en la sociedad

El concepto de *sociedad de la información* se refiere a las mutaciones societales ligadas a la revolución tecnológica que atraviesa, por primera vez, tanto nuestra idea como la realidad del mundo, pues no se trata sólo de lo que le sucede a la parte de la población *conectada*, sino, tanto o más, a la *desconectada*, ya que ahondando la vieja división internacional del trabajo o las tradicionales y las modernas desigualdades sociales, el mundo padece hoy la más gigantesca operación de exclusión social, política y cultural de la historia humana. Lo que *sociedad de la información* significa entonces es algo impensable en términos de mera técnica —instrumentos, máquinas o aparatos— y tampoco en términos del espacio-tiempo de la sociedad nacional, que ha sido hasta ahora la categoría central de las ciencias sociales.

El primer desafío es de orden cognitivo: el que emborrona los mapas mentales desde los que pensábamos tanto la técnica como la sociedad. Asistimos a la emergencia de un tipo de tecnología cuya peculiaridad reside en constituirse en ingrediente estructural de la formación de un verdadero *ecosistema comunicativo*, que emerge asociado con una economía nueva en dos sentidos:

- Un nuevo modo de producir, inextricablemente relacionado con un nuevo modo de comunicar, que convierte al conocimiento en una fuerza

productiva directa.¹ Entramos en una sociedad en la que no solamente la materia prima más costosa es la *información-conocimiento*, sino también aquella en la que el desarrollo socioeconómico se halla estrechamente ligado a la *innovación* tanto del lado que nombra la competitividad empresarial como de aquel otro que nombra la creatividad social.

- Una nueva economía cognitiva, resultado del desplazamiento del *número* que, de signo del dominio sobre la naturaleza, está pasando a convertirse en mediador universal del saber y del operar técnico-estético, lo que viene a significar la primacía de lo sensorio-simbólico sobre lo sensorio-motriz. La *numerización* digital hace posible una nueva forma de interacción entre la abstracción y lo sensible, hecho que replantea por completo las fronteras entre arte y ciencia.

Si desde antiguo la ciencia ha teorizado modos de percepción prefigurados por el arte, hoy no podemos ya extrañarnos de que el artista trabaje programando música o poesía, pues, por escandaloso que eso suene al oído romántico, es sólo un indicador de la hondura del cambio que convierte a la *simulación informática* en ámbito de *experimentación científica* y de *creación estética*. El significado mayor de ese cambio remite al sentido emancipador que cobra el *hacer técnico* en su estrecha vinculación con la *experiencia estética*. Esto es, un arte cada día más sometido o vuelto cómplice de las presiones del mercado, que asimila la temporalidad de las *obras* a la obsolescencia de cualquier producto comercial, encuentra en la nueva tecnicidad posibilidades de revertir el creciente déficit simbólico que padece. Y, a su vez, en la experimentación tecnológica la creación artística hace emerger un *nuevo parámetro de evaluación de la técnica*, distinto al de su rentabilidad o su funcionalidad de control; me refiero a su capacidad de significar, esto es, de auscultar y descifrar las más secretas energías que irrigan y dinamizan el opaco y contradictorio curso del vivir social.

La *mirada crítica* nos advierte certeramente de los riesgos que entraña el actual desarrollo tecnológico en sus complicidades con las lógicas del



¹ Cfr. Castells, Manuel, *La era de la información*, vol. 1, Madrid, Alianza, 1998.

mercado y los procesos de agravamiento de la exclusión social, que es adonde apuntan las preguntas: ¿cómo asumir el espesor social y perceptivo que hoy revisten las tecnologías comunicacionales, sus modos transversales de presencia en la cotidianidad desde el trabajo al juego, sus espesas formas de mediación tanto del conocimiento como de la política? Y ¿cómo resistir al realismo de lo inevitable que produce la fascinación tecnológica, ni dejarse atrapar en la complicidad discursiva de la *modernización neoliberal* con el *saber tecnológico*, según el cual la historia habría encontrado *su fin* en los avatares de la información y la comunicación? A la hora de buscar respuestas no podemos identificar nuestra inserción en la *nueva mundanidad técnica* con alguna especie de automatismo de adaptación socialmente inevitable, pues nos encontramos, más bien, ante un proceso densamente cargado de ambigüedades y contradicciones, de avances y retrocesos, así como de un complejo conjunto de filtros y membranas² que regulan selectivamente la multiplicidad de interacciones entre los viejos y los nuevos modos de habitar el mundo.

Por otra parte, no es cierto que la penetración y expansión de la innovación tecnológica en el entorno cotidiano implique la sumisión a las exigencias de la racionalidad tecnológica, de sus ritmos y sus lenguajes. De hecho, lo que está sucediendo es que la propia presión tecnológica está suscitando la necesidad de encontrar y desarrollar otras racionalidades, otros ritmos de vida y de relaciones tanto con los nuevos objetos como con las otras personas, relaciones en las que la densidad física y el espesor sensorial adquieren cada día un valor primordial. De eso hablan ya la obsesión por la gimnasia y los deportes, o la búsqueda de las medicinas alternativas o de “terapias de relaciones”, en un esfuerzo por reencontrarse con el propio cuerpo y recobrar así el contacto y la inmediatez en la comunicación.

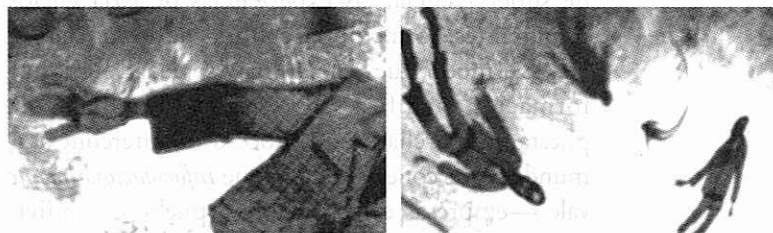
Cierto: la mediación tecnológica se espesa cada día más, al trastornar nuestra relación con el mundo, pero ese cambio no remite sólo a la técnica, hace parte del proceso mucho mayor y hondo de racionalización del mundo que, según Max Weber,

constituye el núcleo más duro y secreto del movimiento de la modernidad.

Revolución tecnológica y exclusión social

La posibilidad de comprender la envergadura de las actuales transformaciones tecnológicas pasa paradójicamente por la no reducción de los cambios socioculturales a su dimensión tecnológica, ya que se deja por fuera la especificidad de lo que socialmente se produce, como si esto fuera mero efecto de lo técnico. Por lo tanto, lo que la presencia de las tecnologías de información y comunicación (TIC) está produciendo a lo largo y ancho del mundo es comprensible y proyectable políticamente sólo a partir de una *visión integral*, capaz de ubicar en el entorno de *los procesos* de desarrollo económico-social y de las prácticas de participación democrática, los impactos y las potencialidades de esas tecnologías.

Movidas y orientadas exclusivamente, durante los años noventa, por el sector comercial, las TIC han tomado un rumbo radicalmente diferente en los países más ricos con respecto a la inmensa mayoría de países que conforman el mundo empobrecido y subdesarrollado de África, Latinoamérica y Asia. Actualmente, casi el 70% de los usuarios de redes digitales residen en Estados Unidos y Europa, al mismo tiempo que en los países más grandes y económicamente fuertes del mundo pobre las oportunidades de conectarse a las redes ofrecen el índice de desigualdad más brutal: según proyecciones de la CEPAL “en el año 2004 el



² Cfr. Manzini, E., *Artefacts. Vers une nouvelle écologie de l'environnement artificiel*, Paris, CGP, 1991.

grupo de ingresos más altos en Brasil alcanzaría una tasa de conectividad del 82% mientras que la tasa nacional sería de sólo 12%”.³ La “brecha digital” es *en realidad una brecha social*; esto es, no remite a un mero efecto de la tecnología digital, sino a una organización de la sociedad que impide a la mayoría acceder y apropiarse tanto física como económica y mentalmente de las TIC.

Lo anterior no puede impedirnos asumir el hecho de que la información se ha convertido en un nuevo *paradigma de organización de la sociedad*, lo que implica que la información constituye hoy el valor agregado por antonomasia, ya sea:

- *Incorporada a los productos* en su composición material, en su ‘forma’ o en su transformación genética.

- *Incorporada a los procesos de producción* en la ‘fábrica flexible’, que organiza los flujos informacionales de invención, programación y evaluación, en la circulación de las mercancías y la función de la mercadotecnia.

- *Convertida ella misma en producto* que se halla en la base de la llamada economía informacional: el mercado de bienes digitales, que enlaza cada día más velozmente la producción con la circulación de conocimiento y de cultura.

Pero esa hipervaloración de la información no puede ser apreciada en su justo valor más que conectándola con la devaluación que hoy sufren los saberes tradicionales no informatizables, las formas de trabajo ‘informales’ (es decir, que no son o no están informadas), las estrategias campesinas de supervivencia, las experiencias de vida en los inmigrantes, la memoria cultural de los ancianos, etc. De modo que, en últimas, sociedad de la información significa, en términos mundiales, la puesta en marcha de un proceso de interconexión mundial, que conecta todo lo que *informacionalmente* vale —empresas e instituciones, pueblos e individuos—, al mismo tiempo que desconecta todo lo

.....

3. CEPAL, consúltese la página de internet <http://www.cepal.cl/publicaciones/DesarrolloProductivo>.

que no vale para esa razón: estamos ante la más profunda reorganización de los centros de poder que dotan de valor a lo que hoy entendemos por mundo.

La inserción latinoamericana en la sociedad de la información debe ser sopesada a la luz de dos parámetros: uno es el peso de la industria informática en la economía de la región y otro es el grado de presencia y desarrollo de la industria de los medios audiovisuales y las demás tecnologías digitales de información. En el primero, el específicamente económico, son especialmente caracterizadores de la región dos rasgos: uno, la desproporción entre el mercado que América Latina y el Caribe representa, con sus 500 millones de habitantes y un PIB de 2.000 millones, y el casi nulo peso de las *industrias informáticas* —fabricación y exportación de productos y programas— en la economía de la región, con la única significativa excepción de Costa Rica, cuya producción y exportación informática tienen un fuerte peso (su crecimiento promedio anual resulta en los últimos años el mayor de la región), y la de Brasil en el renglón de producción *software*, pero con un peso muchísimo menor.



El otro rasgo es la presencia de grandes diferencias entre los países, tan notorias como difíciles de explicar; por ejemplo, el hecho de que Brasil, Chile y Colombia gasten casi tres veces más en las nuevas TIC que México y Venezuela. En lo que respecta al desarrollo electrónico, Latinoamérica cuenta con una implantación de la televisión cercana al 85% de hogares; una red de telefonía móvil que, a mediados del 2002, contaba con 93 millones de usuarios, y un 100% de digitalización de la telefonía fija. Sólo en la implantación de banda ancha la región muestra un atraso flagrante: su cubrimiento en toda la región es el equivalente al que ya posee un país como Corea del Sur.

Pero quizá la mejor radiografía de la región en su versión de sociedad de la información se halla en la estadística de los usuarios de internet que mostraba, a fines del 2002, un primer tramo encabezado por Estados Unidos con el 61%, Gran Bretaña con el 55% y Suecia con el 51%; un segundo tramo en el que se sitúan Canadá con el 45%, Holanda con el 43%, Alemania con el 31% y Australia con el 26%, y un tercer tramo en el que se hallan Italia con el 19% y Francia, España y Japón con el 18%. América Latina se ubica por entero debajo de ese último tramo con un 6,8% según las últimas estadísticas,⁴ pero con enormes diferencias entre países: mientras Brasil y Argentina superan el 10% y Chile casi lo alcanza, Colombia y Venezuela no alcanzan el 6%, México está en el 4,4% y Perú, en el 3,4%. Latinoamérica ha sido, sin embargo, la zona del mundo con mayor crecimiento en usuarios, ya que de 1998 a 2001 su cifra pasó de cinco al 16,5 millones, pero ese crecimiento se ha visto frenado en los últimos dos años, como lo demuestra México que, de un crecimiento del 49% hasta el 2002, ha caído últimamente al 23%.

La batalla de los derechos en la sociedad del conocimiento

La *Declaración de los Estados* de la ONU, formulada para la CMSI, afirma: "La supremacía del derecho acompañada de una reglamentación flexible, estable y aplicable, que tenga en cuenta las realidades nacionales, es indispensable para proporcionar la confianza y confiabilidad en la sociedad de la información".⁵ Sin embargo, esa declaración no explicita la relación constitutiva entre los *nuevos derechos* —que la propia informatización de la sociedad entraña— y los ya reconocidos derechos del hombre. Se trata del derecho a la comunicación en su más ancha complejidad, esto es, el derecho tanto a participar del conocimiento como a estar en éste; el derecho de los ciudadanos y los grupos sociales al acceso a la información no sólo como receptores, sino también como productores, y el derecho a un flujo equilibrado de información entre regiones del mundo y entre países de una misma región, como Latinoamérica. El reconocimiento de esos nuevos derechos se basa en el valor que el conocimiento ha adquirido en la "sociedad-red", como *bien público primordial*:

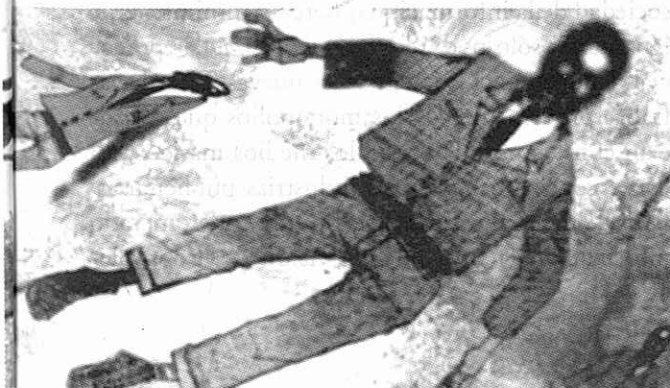
Se trata de una sociedad en la que las condiciones de generación de conocimiento y procesamiento de información han sido sustancialmente alteradas por una revolución tecnológica centrada sobre el procesamiento de información, la generación del conocimiento y las tecnologías de la información. Esto no quiere decir que la tecnología sea lo que determine sino que se constituye un paradigma de un nuevo tipo en el que todos los procesos de la sociedad, de la política, la guerra, la economía, pasan a verse afectados por la capacidad de procesar y distribuir información de forma ubicua en el conjunto de la actividad humana.⁶

A su vez, ese nuevo paradigma alienta un proceso de conversión del *conocimiento en tecnociencia*, que impulsa una creciente hiperespecialización de los saberes y la conversión de la investigación científica en ingrediente sumamente estratégico del

4 Cfr. Trejo, Raúl, "Internet, la gran conversación", en *Iberoamericana*, Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, 2002.

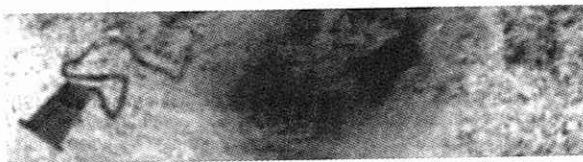
5 Cfr. Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información (CMSI): <http://www.itu.int/wsis/index-es.html>

6 Castells, Manuel, *op. cit.*, 1998, p. 58.



complejo tecnoindustrial: desde el estudio del genoma humano hasta la producción de transgénicos, la investigación moviliza hoy gigantescos capitales de empresas globales que alientan la complicidad entre investigación científica y operación comercial. De ahí que el derecho de los ciudadanos a la *comunicación pública del conocimiento* se torne aún más decisivo en las nuevas condiciones de hegemonía tecnológica del saber y de las presiones mercantiles sobre el proceso mismo de su producción y circulación. Lo que se busca salvaguardar es, al mismo tiempo, el derecho a que la sociedad pueda seguir contando con ese *otro conocimiento*, que proviene de los saberes de *experiencia social*, y con el derecho a que todo lo concerniente a las opciones y decisiones sobre desarrollo e inversión en investigación científica y tecnológica pueda ser objeto de información y debate públicos.

Pero, precisamente, la ausencia del sector público es lo que más se ha hecho sentir en este ámbito. La reconfiguración del Estado, que la globalización impone en estos países, le ha hecho pasar de unas políticas legalistas y voluntaristas en comunicación y cultura —durante los años setenta y ochenta— a la *más pura y dura desregulación*, que deja libre al mercado para marcar las lógicas y las dinámicas de la transformación de los medios audiovisuales, con un agravante: mientras eso sucede en el plano de los grandes medios, el Estado regula hasta el extremo a los pequeños medios, como las emisoras de radio y las televisiones locales y comunitarias, al multiplicar las trabas legales para su funcionamiento y expansión. Desregulación que ha sido en realidad *ausencia casi completa de políticas públicas* —tanto en el ámbito nacional como latinoamericano— en la implantación y orientación de las nuevas TIC durante los años noventa; y frente a las cuales solamente en los últimos dos años han comenzado a aparecer iniciativas públicas que superan la mera repartición política y económica de las frecuencias para telefonía móvil o las de banda ancha.



Propiedad intelectual y libre acceso de las mayorías a la información

Por primera vez en la historia de la humanidad, el acceso de las mayorías a lo mejor y lo mayor de la creación cultural, artística y científica se ha hecho posible por la revolución digital; pero ese profundo y revolucionario avance en la democratización de la cultura y el conocimiento se ve hoy entrabado por un malentendido perverso: el que so pretexto de defender la “propiedad intelectual”, la hace colisionar con las potencialidades abiertas por las tecnologías informáticas.

Todo el sentido político y social de las transformaciones tecnológicas se halla aquí en juego, porque exige a juristas e ingenieros de sistemas, a creadores y gestores, a políticos y teóricos de la informática un esfuerzo de análisis e imaginación capaz de elaborar *nuevas formas de regulación democrática* que salvaguarden los *múltiples modos de derechos de autor*, sin confundirlos con los intereses de los grandes conglomerados de las industrias culturales, los cuales —enmascarados tras la trampa de una idea de ‘propiedad intelectual’ en la que lo que cuenta es la ‘propiedad’, mientras lo ‘intelectual’ queda devaluado y a merced de la mercadotecnia y el índice de audiencia— bloquean ya hoy en buena parte las posibilidades de democratización cultural abiertas por las redes digitales.

En el fondo, de lo que se trata es del modo como las *nuevas culturas digitales* trastornan la noción misma de propiedad, y lo hacen al insertar la negación de la cultura a ser reducida a economía en el centro mismo de la llamada nueva economía o *economía informacional*. Ahí está la batalla de los gobiernos nacionales, como el de Canadá o Brasil, por escapar al monopolio de Microsoft y lograr la ‘libertad’ de *software* para sus países; porque si la sociedad de la información quiere ser mínimamente igualitaria, sólo podrá lograrlo *liberando* las potencialidades socioculturales de la nuevas TIC de las trabas provenientes de los monopolios que se asocian con los productores y los medios masivos, así como con los bancos y las industrias publicitarias, a fin de constituir un nuevo tipo de conglomerado informacional, cuya sesgada visión de la ‘propie-

dad intelectual' no considera valioso sino la expansión de la propiedad.

El desarrollo de las redes digitales se halla, además, marcado todavía en Latinoamérica por una concepción *altamente instrumental* —esto es, no cultural ni ciudadana— que está impidiendo insertarlas en los planes nacionales de desarrollo nacional y de democratización local, lo que debería traducirse en privilegiar no las tecnologías de punta, sino aquellos servicios que mejor respondan a las necesidades de las colectividades locales, para que potencien la creatividad cultural, la cual es la que refuerza los lazos comunitarios.

Además, es muy poca o nula la interacción de la *escuela pública* con los actuales desarrollos de las tecnologías digitales, que están reconfigurando profundamente tanto los modos de producción y circulación del conocimiento como los mapas laborales y profesionales. Y ello, cuando los cambios más de fondo que acarrea la sociedad de la información tienen justamente que ver con transformaciones en las condiciones de existencia del trabajador y en el nuevo sentido del trabajo, ambos ligados estrechamente al campo de la educación: a nuevas destrezas mentales requeridas por los nuevos oficios, nuevas modalidades formales y no formales de aprendizaje, nuevas formas de relación entre trabajo y juego, entre el espacio doméstico y el lugar de trabajo.

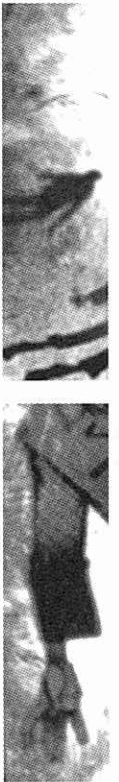
Diversidad cultural y marcos de regulación mundial

El mundo atraviesa hoy una peculiar situación cultural: una creciente conciencia del valor de la *diferencia*, del *pluralismo* y de la *diversidad* en el plano de las civilizaciones y las culturas étnicas, de las culturas locales y de género se enfrenta a un poderoso movimiento de *uniformación de los imaginarios cotidianos* en las modas del vestir y los gustos musicales, en los modelos de cuerpo y las expectativas de éxito social, en las narrativas con mayor público en el cine y la televisión y el videojuego, etc. Esa tensión produce creatividad social en la medida en que las lógicas del mercado

no aplasten en los ciudadanos la *capacidad de diferenciar* entre lo valioso culturalmente y lo exitoso comercialmente.

No se trata de oponer, sino de diferenciar, ya que en lo comercial pueden encontrarse productos culturalmente valiosos, y viceversa: algunas de las mejores creaciones cinematográficas o musicales han resultado a la vez producciones comercialmente exitosas. El eje de este debate crucial pasa por la profunda relación entre la *defensa* de la diversidad cultural de las comunidades, ya sean civilizaciones, etnias o culturas locales, y la *conciencia ciudadana* del derecho a la diferencia en la vida cotidiana. Pero la viabilidad social de ambas se halla en unos *marcos regulatorios de alcance a la vez mundial y local*, que son los dos espacios estratégicos donde se mueven hoy tanto la economía como la cultura. Marcos regulatorios que sólo podrán salir de una *negociación* entre los actores públicos, privados e independientes, tanto del ámbito nacional como internacional y local, pues —como lo demuestran los foros mundiales de Davos y Porto Alegre, y especialmente las reuniones preparatorias de la CMSI— esos actores cuentan hoy con organismos, organizaciones y asociaciones capaces de representar los diferentes intereses en juego.

La diversidad cultural nos enfrenta a pensar y a intervenir en las distintas formas de asimetría y de dominación que perduran y se renuevan en las contemporáneas formas de neutralización, funcionalización y destrucción de lo que desde la alteridad nos mueve el piso y desestabiliza nuestras acostumbradas políticas culturales. De lo anterior se deriva la imposibilidad de seguir considerando la cooperación cultural como un asunto de “relaciones públicas” entre Estados a través de sus diferentes instituciones y la necesidad ineludible de asumir que lo que ahí está en juego no son los “marcos culturales de la diplomacia”, sino las *dimensiones políticas de toda relación entre culturas*: esto es, la explícita lucha tanto contra la instrumentalización de la cultura “en cuanto recurso” económico o político como contra el exotismo paternalista, que impregna aún buena parte de la cooperación norte-sur. Lo anterior convierte a nuestras culturas en sujetos pasivos, percibidos aún desde su identifi-



cación con lo *exótico* en la imagen de lo precolombino o lo rural, o con comunidades *atrasadas* bajo la imagen de la pedigrüña mano tendida, y no en cuanto estratégicos actores de la contemporaneidad cultural e interlocutores de tú a tú con cualquier otra cultura del planeta.

Aquí no cabe el antiguamente virtuoso *término medio*, ya que o la cooperación internacional sirve para alentar la autogestión creativa y la capacidad de interlocución de nuestras muy diversas culturas nacionales, regionales y locales y con las del resto del mundo; o estamos ante una relación que lo que realmente hace es conservar aparte a nuestros pueblos poniéndolos “en conserva”, es decir, convirtiéndolos en reserva ecológica con la cual oxigenar las contaminadas ciudades del norte, o en reserva de mitos y tejidos, así como de sonidos e imágenes de un remoto e intocable pasado al que esas sociedades puedan o bien visitar —en esta exaltada hora de la mundialización— para alimentar su nostalgia por lo ‘original’, o bien para expropiar a nuestras culturas limpia, ‘científicamente’, de sus saberes medicinales o sus diseños textiles.

Por otro lado, la relación constitutiva entre cultura y comunicación se acentúa hoy, cuando algunas de las transformaciones culturales más decisivas que estamos viviendo provienen de las mutaciones que atraviesa el entramado tecnológico de la comunicación, las cuales, al afectar la percepción que las comunidades culturales tienen de ellas mismas y de sus modos de construir las identidades, adquieren envergadura y temporalidad antropológicas. Así, en un primer plano, la actual reconfiguración de nuestras culturas indígenas, locales y nacionales responde especialmente a la intensificación de la comunicación e interacción de esas comunidades con las otras culturas del país y del mundo.

Desde el interior de las comunidades, los actuales procesos de comunicación son percibidos, a la vez, como otra forma de amenaza a la supervivencia de sus culturas —la larga y densa experiencia de las trampas a través de las cuales han sido dominadas carga de recelo cualquier exposición al otro—; pero al mismo tiempo la comunicación es vivida por las comunidades rurales o urbanas como

la posibilidad de romper la exclusión y como experiencia de interacción que si bien comporta riesgos, también abre nuevas figuras de futuro, lo que conduce a que la dinámica de las propias comunidades tradicionales desborde los marcos de comprensión elaborados por los folcloristas y no pocos antropólogos: hay en esas comunidades menos complacencia nostálgica con las tradiciones y una mayor conciencia de la indispensable reelaboración simbólica que exige la construcción de su propio futuro.

En un segundo plano, el eje de la comunicación introduce en las políticas y en las actividades de cooperación una profunda renovación del modelo de comunicabilidad, que del unidireccional, lineal y autoritario paradigma de la transmisión de información, ha pasado al de la red, esto es, de la interacción y la conectividad, que transforma la mecánica forma de la conexión a distancia por la electrónica del *interfaz de proximidad*. Este nuevo paradigma se traduce en una política que privilegia la interactividad, es decir, la sinergia entre muchos pequeños proyectos, por sobre la complicada estructura de los grandes y pesados aparatos tanto en la tecnología como en la gestión.

Por lo tanto, es precisamente a la luz de esta nueva perspectiva conceptual y metodológica de la comunicación cuando la redefinición de la cooperación como *práctica de la interculturalidad* adquiere su verdadera envergadura, es decir, una relación entre culturas ya no unidireccional y paternalista, sino interactiva y recíproca, pues en lugar de buscar influir sobre las otras, cada cultura acepta que la cooperación es una acción transformadora tanto de la cultura que la solicita como la de la que responde, y de todas las otras que serán involucradas por el proceso de colaboración.



Así es como funciona la más nueva y quizá una de las más fecundas figuras de la cooperación hoy: la de las *redes culturales*, animadas cotidianamente por artistas y por gestores, por formadores y por instituciones municipales y comunidades barriales, con la enorme ganancia que entraña el que una de las tareas asumidas por muchos de los nuevos actores es la de veedores ciudadanos, empeñados en la fiscalización de los proyectos y las decisiones de las que parten, de los dineros y de los tipos de intercambio promovidos por la cooperación internacional. Las *redes culturales* se están convirtiendo en el nuevo *espacio público de intermediación* entre actores diversos de un mismo país y entre actores del mismo ámbito —política, gestión, formación— en diversos países, o bien están movilizando transversalidades y transdisciplinidades que enriquecen desde el campo político el trabajo académico y desde el ámbito de la creación artística al campo político.

Bibliografía

El nuevo lugar de la técnica en la sociedad

Castells, M., *La era de la información*, vol. 1, Madrid, Alianza, 1998.

_____, "La dimensión cultural de internet", en *Cultura y sociedad del conocimiento: presente y perspectivas de futuro*, Barcelona, UOC, 2002.

Chartron, G., *Pour une nouvelle économie du savoir*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1994.

Echeverría, J., *Los señores de aire y el tercer entorno*, Barcelona, Destino, 1999.

Heidegger, M., "La pregunta por la técnica", en *Filosofía, ciencia y técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1997.

Lévy, P., *L'intelligence collective. Pour une anthropologie du cyberspace*, París, La Découverte, 1994.

_____, *O que é o Virtual?*, São Paulo, Ed. 34, 1999.

Manzini, E., *Artefacts. Vers une nouvelle écologie de l'environnement artificiel*, París, CGP, 1991.

Piscitelli, A., *Ciberculturas en la era de las máquinas inteligentes*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

_____, *Metacultura. El eclipse de los medios masivos en la era internet*, Buenos Aires, La Crujía, 2002.

Revolución tecnológica y exclusión social

Braganca, J. A. de y Cruz, M. T. (orgs.), *Crítica das Ligagoes na era da Técnica*, Porto Alegre, s. e., 2001.

Bustamante, E. (coord.), *Hacia un nuevo sistema mundial de comunicación. Las industrias culturales en la era digital*, Barcelona, Gedisa, 2003.

García Canclini, N. (coord.), *Iberoamérica 2002. Diagnóstico y propuestas para el desarrollo cultural*, México, OEI/Santillana, 2002.

Kliksberg, B. y Tomassini, L. (comps.), *Capital social y cultura. Claves estratégicas para el desarrollo*, Buenos Aires, BID/Fondo de Cultura Económica, 2000.

Mastrini, G. y Bolaño, C. (eds.), *Globalización y monopolios en la comunicación de América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2000.

Vidal Beneyto, J. (dir.), *La ventana global. Ciberespacio, esfera pública y universo mediático*, Madrid, UNESCO/Taurus, 2002.

Páginas en internet

Altermedia: <http://www.altermedia.org/>

Centro por una Tecnología Alternativa: <http://www.cat.org.uk/index>.

Centro sobre Tecnología y Democracia: <http://www.cdt.org/index.html>

CEPAL: <http://www.cepal.cl/publicaciones/desarrolloproductivo>

Cibercidades: <http://www.facom.ufba.br/ciberpesquisa/cibercidades/>

Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información (CMSI): <http://www.itu.int/wsis/index-es.html>

Observatorio de la cibernsiedad: <http://www.cibersociedad.net/inicio.htm>

Observatorio italiano sobre las redes: <http://www.cibercultura.it/>

Observatorio mundial: <http://www.o2m.org/fr/index.html>

La batalla de los derechos en la sociedad del conocimiento

Echeverría, J., *La revolución tecnocientífica*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Finkelevich, S. (coord.), *Ciudadanos a la red*, Buenos Aires, Ciccus/La Crujía, 2000.

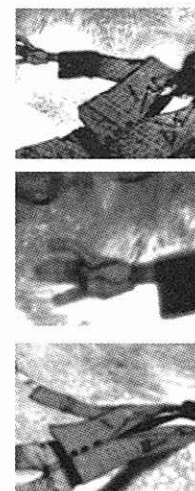
Hardt, M. y Negri, T., *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002.

Kroes, R., *Ciudadanía y globalización*, Valencia, Frónesis/Cátedra, 2002.

Rifkin, J., *La hora del acceso*, Barcelona, Paidós, 2000.

Tejo Delabre, R., "Orden global y dimensiones locales en el universo digital", en *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación*, Madrid, No. 1, 2001.

_____, "Internet, la gran conversación", en *Iberoamericana*, Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, 2002.



Páginas en internet

Alfa-Redi, *Revista de Derecho Informático*,
<http://www.alfa-redi.org>

A Sociedade Digital®, Portal Iberoamericano da Sociedade
da Informação: <http://www.asociedadigital.org/>

Cidade do conhecimento: <http://www.cidade.usp.br/>

Foro de los derechos sobre internet:
<http://www.foruminternet.org>

GNU-Free Software Foundation:
<http://www.gnu.org/philosophy>

Hypatia, Conocimiento libre para pueblos libres:
<http://www.hipatia.info/es/hligas.php>

Sobre la propiedad intelectual:
<http://www.i3c-asso.org/11octobre.html>

Diversidad cultural y marcos de regulación mundial

García Canclini, N., *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

Sosoe, L. K. (dir.), *Diversité humaine. Democratie, multiculturalisme et citoyenneté*, París, L'Armattan, 2002.

UNESCO, *Informe mundial sobre la cultura. Cultura, creatividad y mercados*, Madrid, Acento, 1999.

_____, *Diversité culturelle. Patrimoine comun, identités plurielles*, París, 2002.

Páginas en internet

Centro de investigaciones sobre informática y derecho: <http://www.droit.fundp.ac.be/crid/>

Contra las fronteras:
<http://www.expertbase.net/>

Creación multilingue y multicultural:
<http://www.novacreation.com/>

Experiencias interculturales:
<http://www.multicultural.net/>

Multi e interculturalidad desde Europa:
<http://www.multiculturelplein.nl/>

Plataforma de redes ciudadanas:
<http://www.globalcn.org/es/accueil.ntd?sort=1.10>

Los desafíos estratégicos de la sociedad de la información

Título de la investigación: Oralidades culturales, visualidades electrónicas y escrituras intermediales

Investigador titular: Jesús Martín-Barbero.

Investigadores asociados:

- Irma Amézquita, alumna de la Maestría en Difusión de Ciencia y Cultura, ITESO y profesora de la Licenciatura en Comunicación del ITESO
- Daniel Medina, coordinador del Museo *El Trompo* con maestría en Difusión de C. Y C.
- Yadel Aréchiga, profesora en la Licenciatura de Comunicación del ITESO

Afiliación Institucional: Universidad ITESO, Guadalajara y SNI de México

Lugar: Guadalajara, México